

La Tanga Ensangrentada y Otros Relatos de Diversa Atrociad

Miguel C7



Capítulo 1

La Tanga Ensangrentada.

Ya la mayor parte del aguardiente barato se había agotado y las botellas de vidrio que lo retenían se hallaban rotas en el piso de ajedrez cuando Jorge ingresó a la fiesta por la puerta principal, un olor tieso de marihuana y vómito recibió con gentileza su llegada mientras varias putas con sus caras amigables de quince años lo miraban con escondido deseo maternal. Jorge estaba cansado y desperdiciado, recientemente había cumplido la mayoría de edad y eso implicaba que podía disfrutar los deliciosos frutos prohibidos que se vuelven accesibles al convertirte en un asqueroso adulto, frutos prohibidos como el alcohol, la baretta, las putas y la desesperanza. No había razón para emocionarse por esto, ya que el ser humano siempre está sujeto al sufrimiento derivado de la existencia conciente, el atravesado hacía rato se había hartado de consumir el veneno podrido de las inocencias perdidas. Se abrió paso por la casa con cuidado de no perturbar el ecosistema apocalíptico, las rayas de coca y el humo de los cigarrillos se mezclaban en el paisaje tornándolo festivo, como un culto satánico, sus mandamientos son la autodestrucción y el nihilismo, sus dogmas son la jauría y la ultraviolencia.

Laura era una criatura llena de la crueldad típica de las niñas malcriadas, lindas y vírgenes, desplazaba su cuerpo indígena de piel escamosa por la casa buscando algún objeto de su infantil interés, tenía una belleza intimidante y su aura levitaba en el ambiente generando más respeto que deseo, es como si su cuerpo fuera un manjar destinado a un ser superior, un final, una continuación y un comienzo, la ofrenda perfecta para Beelzebub.

En una habitación morada se encontraron las miradas curiosas de Jorge y Laura, ambos tenían las pupilas dilatadas, un demonio dentro y ardor en la entrepierna, se tomaron varios tragos hasta beberse el miedo y el vacío, llenándolo de lujuria inocente y espermaquia. Se drenaron por la rejilla de una habitación de mucama y empezaron a coger, de la misma forma que cogen las ratas dentro de algún mamífero muerto en horas noctívagas, las

percepciones alteradas de la realidad deformaron el sexo y los instintos animales tomaron el control, Jorge tenía la sensación de apuñalar un conejo blanco múltiples veces hasta reventar sus intestinos y revolver el azul con el rojo en su interior. Así pasó media hora y el joven se percató de que la reciente mujer ya no respondía a sus constantes embestidas, salió de ella y la recostó en el piso, la mujercita yacía pálida, sus ojos ya no contenían pupilas sino un blanco majestuoso interrumpido por venas verdosas y lágrimas de sangre, la lengua se asomaba púrpura y la cabeza se tornaba más y más vertical indefinidamente, parecía imposible que un hueso pudiera moldearse de tal forma, la cabeza de la niña parecía helado, las extremidades se alargaban de forma enfermiza y se fundían con el piso, el pelo de las axilas y la vagina se iba cayendo al ritmo de la danza macabra, el epitelio sufría mientras perdía densidad y perdía centímetros, su carne simplemente decidió adherirse a la habitación, incluso las costillas que eran ahora visibles por la disolución del tejido parecían volverse líquidas y mezclarse en la sopa amarilla conformada de las entrañas de la mujer profanada, Jorge no pudo evitar darse cuenta de que Laura se estaba derritiendo.

Laura dejó de existir y solo quedó su tanga ensangrentada, Jorge la guardó en el bolsillo de su chaqueta sabiendo que sería su posesión más valiosa durante mucho tiempo, salió de la casa y se dispuso a volver a su hogar. La calle era fría y el silencio amenazante, imperturbable, solo era posible escuchar las piedras que el borracho pateaba sin querer envuelto en su estupidez involuntaria, muy en el fondo de su ser sabía que las consecuencias de profanar un objeto sagrado serían desgarradoras. Jorge estuvo caminando en silencio el tiempo suficiente para comprender el hecho de que no estaba solo. La sombra vigilaba todos sus pensamientos desde la comodidad del inconsciente.

El sonido del silencio fue ultrajado por una moto de policía que siguió de largo por la carretera y desapareció en la oscuridad, el miedo transcurrió como un escalofrío en la espalda del muchacho que caminaba de forma incesante, haciendo uso de la valentía artificial que le daba su máscara. El ladrón emprendió su viaje, amenazando la soledad del abismo. Pasadas un par de cuadras la moto volvió. Como una serpiente metálica empezó a reptar hacia su presa hasta frenar casi encima de Jorge, que cruzó su mirada con el fuego amarillo que salía de las luces delanteras, un par de entidades anormalmente largas hicieron su aparición, bajándose

de la moto sin quitarse los cascos.

- Mirá a este sapo hijueputa -dijo riéndose el primer tomo mientras se quitaba su yelmo, dejando ver un hombre mestizo lleno de cicatrices en la cara y una pistola tatuada a lo ancho de la garganta. La otra criatura asintió en silencio con el casco puesto.

Jorge no se amedrentó por el insulto gratuito, se entregaba a su destino con el nihilismo que da la sabiduría, ignoró a los demonios y continuó caminando. El tomo cicatrizado lo paró en seco con un bolillazo en las bolas, el profanador se arrodilló de agonía por su masculinidad vulnerada, la entidad siguió:

- Perro hijueputa, ¿No ves que estoy hablando? -Parloteaba mientras le pisoteaba el abdomen. El cuerpo en el piso vomitaba sangre. La paliza de los cascos y los bolillos continuó durante largo tiempo, culminando en el aburrimiento del verdugo, que se acercó al joven (que seguía respirando) para alivianarlo de sus pertenencias, sacó su celular y su billetera, pero le llamó la atención un descubrimiento siniestro, la tanga ensangrentada que tenía en el bolsillo.

- Nos salió hasta travesti este bobo marica, váyame diciendo de quién es esta puta tanga o te lleno de huecos malparido -Gritaba el monstruo en un ataque moralista.

- Tombos... -Alcanzó a decir con sus malheridas cuerdas vocales.

- Hable duro pendejo

- Tombos hijueputas -Dijo al fin.

La ira ante tal muestra de valentía libertina no se hizo esperar, el cicatrizado fue sacando su pistola con rapidez veterana, hasta que el demonio lo detuvo y el tombo tuvo que retroceder. El señor de las moscas se acercó al pecador y se quitó el casco, dejando ver su cara. Apareció entonces el cráneo áspero y grisáceo de una vaca, tenía unas cuencas vacías insoportablemente grandes en las que se reflejaba la muerte misma susurrando el sueño eterno, la mandíbula tenía pintada una sonrisa, la sonrisa más amplia y aterradora que puede existir, Jorge sintió como sus tejidos temblaban. El ser infernal se arrodilló junto al mártir y le tocó la cabeza con un beso. Jorge murió en el acto.

Al día siguiente una señora salió a pasear a su perro, caminando por el parque se encontró al cuerpo de Jorge, sin ojos. Después de tantos años de vivir en el limbo se había acostumbrado a ver gente muerta, buscó en su chaqueta alguna identificación o algún billete que ya no necesitaría, pero lo que descubrió fue una tanga ensangrentada, muy parecida a la que le había comprado a su nieta Laura cuando cumplió quince años.